

des novelas. Ellos aguardan el genio del novelista que los haga revivir para hacer nuestra grandeza moral, como antes hicieron con su esfuerzo la prosperidad material del país.—D. PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At149-254CPRA10254>

ROMANCES DE AGUA Y DE LUZ, por *Carlos René Correa* (1)

Este segundo libro que el joven poeta de «Caminos en Soledad» lanza a la indiferencia del público chileno, confirma sus dotes líricas ya conocidas y abre nuevas esperanzas a los que vamos siguiendo su labor en nuestras letras.

Si la difícil sencillez del clásico romance castellano no alcanza en este libro sus valores más seguros, pues el poeta no da todavía con el camino que ha de orientar sus emociones y su credo artístico, es manifestación bien clara de sus aptitudes y de su firme decisión de trabajo.

Como la mayoría de los poetas jóvenes de América que cultivan el romance, no ha podido librarse de su admiración al poeta granadino, y de su influencia, por lo tanto. No se trata de una imitación servil; pero hay reminiscencias que le perjudican, que creemos útil de anotar.

García Lorca, en su «Romance de la luna, luna», comienza así:

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño, la mira mira.
El niño la está mirando.

Y Carlos René Correa, en su «Definición de romance», nos dice que

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

El romance es primavera
asomada por el campo,
con su pollera de rosas
y su cintura de nardo.

Y al final de su romance «Guitarra» nos hace pensar en los últimos versos de los cuatro que de García Lorca hemos copiado:

Toda tu ausencia me mira,
tus ojos me están mirando.

No se vea en lo escrito un afán de buscar minucias para restar méritos a la obra de este poeta chileno que ya ha probado suficientemente de lo que es capaz, cuando escucha su voz íntima y desoye a los líricos que admira. Anotación bien intencionada, dirá al poeta el interés con que hemos leído su libro.

La juventud de Carlos René Correa le hace encariñarse con la música de algunos vocablos de sugerencia indudable, pero que dañan su obra con la repetición insistente: anillos, trompos, espejos, nardos y faroles nos salen al paso infinitas veces, y algo nos dicen de pobreza imaginativa y de vocabulario limitado.

Pequeños defectos son estos de que el poeta se librará sin grandes trabajos. Su temperamento es cosa que no admite discusiones, y el tiempo y la vida irán haciendo lo demás. Su magnífico romance «Hallazgo», fuerte en la emoción y ágil en la forma, nos dice bien a las claras todo lo que puede esperarse de su obra futura.—C. P. S.